

hizo escuchar la notable frase siguiente: «Que el vil gusanillo se yergue cuando le pisan», después de lo cual expresó un tiernísimo pesar. Si siquiera hubiesen depositado su confianza en ella ¡qué ideas tan distintas la hubieran sugerido!

Aprovechándose de esta crisis operada en sus sentimientos, la expedición la abrazó; entonces la señora Fielding se puso los guantes y se dirigió á casa de John Peerybingle con actitud irreprochable, como mujer de mundo, llevando en la cintura, envuelto en un papel, un gorro de ceremonia, casi tan alto y seguramente tan rígido como una mitra.

El padre y la madre de Dot, que debían acudir en otro carruaje, tardaban más de lo regular; hubo alguna inquietud y se miró con frecuencia la calle por si se les veía. May Fielding miraba siempre desde un punto de vista opuesto al de todos y en dirección moralmente imposible, y cuando se lo hacían notar, decía creer que podía tomarse la libertad de mirar donde mejor le pareciera. Por fin llegaron los dos; formaban una parejita gordiflona que andaba á buen paso, apretado y sólido, verdadera señal peculiar de la familia Dot. Dot se parecía muchísimo á su madre.

Entonces la madre de Dot tuvo que entablar nueva amistad con la madre de May; ésta se daba continuamente aires de soberana, mientras que la madre de Dot se daba tan sólo aires de ligereza y júbilo. Y el viejo Dot (quiero decir el padre de Dot; he olvidado su verdadero nombre, pero no impor-

ta) se tomaba ciertas libertades con respecto á la señora Fielding; estrechóla la mano inmediatamente sin gran reverencia hacia el gorro de ceremonia, en el cual no pareció hallar más que una mezcla de engrudo y muselina, y no atestiguó la menor sensibilidad hacia la catástrofe del índigo, en vista de que no podía remediarse ya; en resumen, según la definición de la señora Fielding, era un hombre bonachón, ¡pero tan grosero...!

Por nada del mundo quisiera olvidar á Dot, que hacía los honores de la casa con su traje de boda ¡bendito sea su lindo semblante! Tampoco me olvidaré del mandadero, que tan jovial y tan rubicundo se sentó á la cabecera de la mesa, ni del moreno y audaz piloto, ni de su graciosa mujer, ni de ningún otro convidado. En cuanto á la comida, sentiría mucho no poder hablar de su esplendidez. Nunca se ha saboreado comida tan substanciosa y apetitosa; casi preferiría olvidar los buenos vasos que se hicieron chocar en honor de las bodas; olvido que sería indudablemente el peor de todos.

Después de la comida, Caleb entonó su canción báquica en honor del vino espumoso. Y la cantó sin perder copla, podéis asegurarle á todo el mundo.

Y casualmente ocurrió en el mismo instante en que Caleb terminaba la canción, un incidente imprevisto.

Llamaron ligeramente á la puerta; un hombre entró vacilando sin decir «con vuestro permiso» ó «¿se puede?» Llevaba algo muy pesado en la cabeza y dejó su fardo en

el centro de la mesa, sin desordenar su simetría, en medio de las manzanas y las nueces.

—El señor Tackleton,—dijo,—os saluda, y como no necesita para él la torta de boda, supone que le haréis el honor de comérsela.—

Después de haber pronunciado estas palabras se fué.

Todo el mundo quedó algo sorprendido, como podéis suponer. La señora Fielding, que era persona de infinito discernimiento, insinuó que la torta estaba envenenada, y contó la historia de cierta torta que había amaratado á todo un colegio de señoritas; pero unánimes reclamaciones decidieron el sitio de la plaza. May hundió el cuchillo en la torta muy ceremoniosamente y entre la alegría general.

No creo que nadie la hubiese probado aún, cuando alguien golpeó de nuevo la puerta; abrieron y apareció el mismo hombre que traía bajo el brazo un enorme paquete envuelto en papel gris.

—El señor Tackleton os saluda y os envía estos juguetes para el chiquitín. No son mezquinos.—

Y dicho esto, se retiró como la primera vez.

Gran dificultad hubieran experimentado los concurrentes para hallar palabras apropiadas con que expresar su asombro, aunque hubiesen tenido más tiempo para buscarlas. Pero no pudieron tomárselo, porque apenas el enviado cerró la puerta, sonó un tercer golpe y el mismo Tackleton penetró en la casa.

—Señora Peerybingle,—dijo el comerciante de juguetes con el sombrero en la mano,—siento mucho lo ocurrido, mucho más de lo que lo he sentido esta mañana. He pensado largamente en ello, John Peerybingle; mi carácter es bastante malo por naturaleza, pero no puede menos de mejorarse más ó menos al lado de un hombre como vos. Caleb, la niñera me dió inconscientemente ayer por la noche cierto consejo enigmático, cuya clave he podido hallar. Me sonrojo al pensar cuán fácil me hubiera sido asegurarme vuestro cariño y el de vuestra hija, y cuán idiota he sido al creerla idiota. Amigos míos,—permitidme que os llame así,—mi casa está muy solitaria esta tarde. No tengo ni un solo grillo en mi hogar. Apiadaos de mi soledad y permitidme que permanezca en vuestra feliz compañía.—

Al cabo de cinco minutos estuvo como en su propia casa.

—¡John! ¿Queréis mandarme ó no á casa de mis padres?—murmuró Dot en voz baja.

¡Bien cerca había estado de disponerlo!

Sólo faltaba un sér viviente para completar el cuadro, pero llegó en un abrir y cerrar de ojos, muy alterado por la carrera que había hecho y procurando con inútiles esfuerzos meter la cabeza en el gollete demasiado estrecho de un cántaro. Había seguido el coche hasta el término del viaje, muy contrariado por la ausencia de su amo y prodigiosamente rebelde hacia el sustituto. Después de haber dado alguna vuelta por los alrededores del establo, había pro-

curado inútilmente excitar al caballo á que volviere solo, y por un acto positivo de berrenchín se había tendido delante del fuego en la sala común del figón vecino. Pero cediendo súbitamente á la convicción de que el sustituto del honrado John no valía la pena de que se le tomase en serio, se levantó, le volvió la espalda y prosiguió el camino de su casa.

Luego empezó el baile. Me hubiera contentado con mencionar de un modo general esta diversión, sin decir ni una palabra más, si no tuviese algún motivo para suponer que fué un baile muy original y de carácter poco común. He aquí cómo se pusieron á la obra los concurrentes.

Eduardo, que era un muchacho valiente, bondadoso y francote, les había contado mil maravillas de los loros, las minas, los mejicanos, el oro en polvo, etc., cuando de pronto se le ocurrió la idea de saltar de la silla y proponer un baile, ya que el arpa de Berta estaba allí, y Berta la tocaba primorosamente. Dot (¡buena pieza! ¡bastante hipocritona algunas veces!) pretendió que el tiempo del bailoteo había pasado para ella; pero yo presumo que la causa verdadera de su reserva fué que el mandadero fumaba su pipa, y ella prefería permanecer á su lado. Con este precedente, la señora Fielding no podía aceptar bailarín alguno, y quedó obligada á decir que el tiempo de la danza también había pasado para ella, y todos dijeron lo mismo, excepto May; May estaba pronta á bailar.

De modo, que Eduardo y May se levantan

entre el general aplauso para bailar solos, y Berta tocó la pieza más arrebatadora de su repertorio.

Pues bien, creedme ó no, apenas hubieron bailado cinco minutos, súbitamente el mandadero echa la pipa, coge á Dot por la cintura, se lanza en medio de la habitación y voltea rápidamente con ella haciendo piruetas, ora sobre los talones, ora sobre la punta del pie. Apenas les vió Tackleton, se deslizó suavemente hacia la señora Fielding, la cogió por la cintura y siguió el vaivén. Al notarlo el viejo Dot, se puso en pie y arrebató á la señora Dot en medio del grupo, poniéndose á su cabeza; Caleb, al verles, tomó á miss Slowboy por ambas manos y partió en seguida con ella, y miss Slowboy, convencida por completo de que las únicas reglas de la danza consisten en penetrar vivamente entre las demás parejas y ejecutar á su costa cierto número de choques más ó menos violentos, se entregó á estos ejercicios con entusiasmo.

¡Escuchad! El grillo acompaña la música con su crri... crri... crri... y el escalfador zumba con toda su fuerza.

.....
Pero ¿qué es esto? Mientras les escucho con vivísimo sentimiento de felicidad y me vuelvo hacia el lado de Dot para contemplar otra vez aquel semblante que tanto me gusta, Dot y los demás se han desvanecido en el aire y me han dejado solo. Un grillo canta en el hogar; un juguete roto yace en el suelo. No veo nada más.